

Carta abierta a un amigo protestante

Cerramos este número con el precioso artículo de Echenique, publicado en «El Correo Catalán», en el que respira suavemente la esperanzada ilusión de los cristianos de todas partes.

Querido Jerry: Desde hace un par de años tú y tus compatriotas habéis introducido una novedad en la Geografía física y moral de España. Vosotros sois «los americanos». En Torrejón, en Rota, en Zaragoza, en Sevilla, en Madrid, vuestros grupos constituyen como un archipiélago discretamente instalado sobre nuestra piel de toro. Es indudable que vuestro excelente nivel de vida levanta en el español medio la marejadilla de un sentimiento, en que se mezclan al 50 por ciento la envidia y el asombro. Pero yo creo que el fenómeno americano en España debe ser analizado más profundamente. El primer hecho notable ha sido la supresión de la distancia. América, hasta el año 1956, se hallaba situada para nosotros en una borrosa lejanía sorprendente. Ahora estáis aquí, instalados en nuestra vecindad. En los grandes bloques de viviendas nuevas las plaquitas doradas de las puertas nos ofrecen esta novedad: «Principal derecha: Sr. González; principal izquierda: Mr. Smith». En el portal, en la escalera, en el ascensor, en la puerta frontera de nuestro piso estáis vosotros. La señora González pasa al piso de la Sra. Smith a pedirle un cuartillo de leche para el desayuno de los niños, porque todavía no ha llegado el lechero. Y la señora Smith explica a la señora González en un castellano neolítico, cómo en Norteamérica prácticamente no existe el servicio doméstico.

Tú y los tuyos, querido Jerry, sois nuestros vecinos. Nuestros niños juegan con los vuestros; muchas noches pasamos a vuestra casa para vivir el asombro virginal de los primeros programas de televisión. Después, en nuestros hogares comentamos vuestras costumbres, vuestro carácter, vuestro nivel de vida, vuestras carcajadas sonoras, vuestra sobriedad expresiva y vuestro endiablado y regocijante español. Suponemos que vosotros, al otro lado del tabique, haréis los mismos comentarios sobre nuestra vida.

Por obra y gracia de este contacto hemos rectificado y modificado muchas ideas. Creo que vosotros también habéis reconstruido vuestra visión de España sobre cimientos más reales, que las incompletas y, en ocasiones, tendenciosas informaciones esporádicas de «LIFE» o del «New York Times». Desde el punto de vista religioso la gran novedad de la presencia americana en España ha sido nuestro contacto con el mundo protestante. Vosotros, Jerry, sois protestantes. La primera semana después de instalaros en nuestro mismo piso, fué nuestra muchacha la que denunció el hecho con susurro de in-

formación secreta del F. B. I.: «Señora, los americanos de enfrente ¡son protestantes!». Mi madre entonces montó una hábil vigilancia y al mismo tiempo reforzó nuestra ortodoxia católica, añadiendo al Rosario un Padre nuestro «por la extirpación de las herejías». Al mes, mi madre, que ya había pegado la hebra con tu mujer sobre no sé qué asunto sobre la salsa mahonesa, me dijo algo asombroso: «Son simpáticos estos protestantes». Y hace quince días, nada más, el último comentario de mi madre ha sido éste: «Oye, ¿sabes que los protestantes de enfrente son muy religiosos? Además tienen un cuadro de la Virgen sobre la cama de los niños». Casi me he echado a temblar: como sigamos así, cualquier día mi madre se pasa desde el Apostolado de la Oración a los Adventistas del Séptimo Día.

Bien sabes que bromeo, Jerry. Te escribo esta carta por algo que me ocurrió el otro día después de nuestra tertulia nocturna. Sobre una mesita teníais un folleto cuyo título decía: «The Christian Unity Octave». Al leerlo sentí de súbito el latido de una emoción inesperada, que ni tú, ni Ann, tu encantadora mujer, pudisteis advertir. Porque sobre nuestra mesa camilla nosotros también tenemos un folleto que dice: «Octavario por la unidad cristiana». Esto significa que los días pasados, del 18 al 25, por las noches, vosotros y nosotros rezábamos lo mismo. Pedíamos a Cristo que obtuviera del Padre el don Sagrado de la unidad. ¿Llegará algún día? Pienso, querido Jerry, que nuestros niños, al acostarse rezan: «Cuatro esquinitas tiene mi cama, cuatro angelitos guardan mi alma». Y los vuestros rezan también en inglés algo parecido. Esto quiere decir que cada vez estamos más cerca. Nosotros sabemos que tenéis un corazón de oro, una fe profunda y una Virgencita en el anverso de nuestro tabique medianero. Y que a esa Virgen le pedís el milagro de la unidad cristiana. Mi madre ya no reza «por la extirpación de las herejías»; ha cambiado el título al último Padrenuestro después del Rosario: «Por la unidad cristiana».

Vuestros niños y los nuestros rezan a los Santos Angeles, que ven la faz del Dios verdadero. ¿No le parece, querido Jerry, que un día caerá el tabique que nos separa? Ya sabes a qué me refiero. Nosotros no podemos pasar a la acera de enfrente; pero vosotros podéis venir cualquier día a nuestra Casa grande. Sois buenos; tenéis fe. Sé que vendréis.

Hasta pronto, Jerry. Un abrazo muy fuerte.

JAVIER M.^a ECHENIQUE.